

LA BIBLIA DE NAVARRA Y LA HISTORIA DE LA BIBLIA

ANTONIO FONTÁN

1. LA BIBLIA DE NAVARRA

La historia de la Biblia es, entre otras cosas, una historia de sus traducciones.

La más reciente de las versiones de la Sagrada Escritura en el mundo cristiano de cultura hispana es la Biblia de Navarra, la «Sagrada Biblia», que presentamos en Madrid en este acto.

Es obra de un equipo relativamente numeroso de escrituristas, teólogos y filólogos de la Universidad de Navarra, organizado y dirigido por el que fue el primer decano de aquella facultad de Teología, y antes profesor de Sagrada Escritura en el Seminario de Madrid, José María Casciaro, doctor en Teología y en Filología Semítica, recientemente fallecido. El profesor Casciaro, alma e impulsor del proyecto, apenas pudo ver más que en pruebas el quinto y último de los volúmenes de esta ambiciosa empresa, en la que tanto había trabajado en cumplimiento del encargo recibido del Fundador y primer Gran Canciller de su Universidad, san Josemaría Escrivá de Balaguer. Los que fuimos compañeros de Casciaro, cuando estudiábamos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense, en mi caso hace más de sesenta años, le recordamos hoy con especial aprecio y emoción.

La Biblia de Navarra ofrece una nueva versión en español de los textos sagrados, que es actual en su lenguaje y en su estilo, rigurosa en su fidelidad a los originales, y que está sobria y elegantemente editada en una de las lenguas más extendidas entre los pueblos cristianos del mundo: en ese español que ha-

blan, leen y escriben quinientos millones de personas, en su inmensa mayoría cristianos y casi todos ellos católicos.

La edición se enriquece con la versión latina oficial de la Biblia en la Iglesia Católica, la llamada Neovulgata, promulgada por Juan Pablo II en la Constitución Apostólica «*Scripturarum thesaurus*» de 25 de abril de 1979.

Valía la pena publicar el texto latino junto a la versión española de los libros sagrados por no pocas razones culturales, y hasta pastorales, que no son de escasa monta.

La lengua de Roma es también la lengua de Agustín, de Jerónimo, de Gregorio o de Isidoro, entre los Padres antiguos, la de las oraciones y los himnos de la liturgia, la de Beato de Liébana, la de Tomás de Aquino y de los grandes teólogos de las Edades media y moderna, la de los concilios (el Vaticano II, inclusive), la lengua de Erasmo y de los humanistas cristianos y de toda una larguísima y rica legión de escritores, de teólogos, de filósofos y, hasta fines del siglo XVI, también de la diplomacia y de los políticos.

Muchos cristianos cultos saben de memoria pasajes del Nuevo Testamento y de algunos libros del Antiguo, que, tal como los han aprendido en latín de una tradición multisecular, suenan mejor en sus oídos, y les resultan más conocidos que los textos correspondientes de la mejor de las versiones a su propia lengua materna.

En esta Biblia de Navarra los libros del Antiguo Testamento están traducidos directamente del hebreo y en su caso del arameo o del griego, y los del Nuevo de la lengua griega en que se escribieron y en la que hicieron sus primeros recorridos en la Antigüedad y en los tiempos iniciales de la Alta Edad Media.

El primero de los cinco tomos de esta edición de la Biblia, el Pentateuco, apareció en 1997 y el quinto, el Nuevo Testamento, acaba de salir a fines del 2004. Van siete años de uno a otro, pero el trabajo empezó mucho antes.

Los profesores de Pamplona han seguido en este punto —y en otros muchos— el ejemplo de san Jerónimo cuando el papa Dámaso, precisamente un hispano, le encargó en el 383 una edición en latín de la Biblia, y él la empezó con el Nuevo Testamento. La Biblia de Navarra comenzó igual, publicando los Evangelios y los otros escritos de la Nueva Alianza, también en español y en latín, en una colección de doce libros manuales, el primero de los cuales, el de san Mateo, es de 1976. Del 76 al recentísimo 2004 han transcurrido veintiocho años. El glorioso y sabio san Jerónimo tardó menos: sólo los veintidós que van del 383 al 405, aunque no deje de ser cierto que dejó sin traducir ni revi-

sar cinco libros del Antiguo Testamento, tres de originales griegos y dos hebreos. De los escritos del Nuevo Testamento, fuera de los Evangelios, los textos latinos de la Vulgata no son traducciones de san Jerónimo ni están revisados por él, sino que son obra de algún otro intérprete de principios del siglo V.

Otro punto en que los editores de Navarra han hecho igual que san Jerónimo ha sido en trabajar directamente sobre los textos originales. En la carta que el santo dalmata dirigió al Papa hispano al enviarle su versión latina de los Evangelios, en el 383, declaraba que para obtener un traslado correcto de los libros sagrados había resuelto acudir a la lengua original de los libros, «ad graecam originem», y no limitarse a revisar las traducciones existentes como quizá se esperaba de él. Años más tarde, retirado en Belén, preparó su Antiguo Testamento latino directamente sobre los originales hebreos, defendiendo con energía que era preciso acudir a la «veritas hebraica» sin confiar en otras versiones griegas que existían ya, como la de los «Setenta», aunque fuera prudente no perderlas de vista. Eso garantizaría la autenticidad.

Los traductores de Navarra han trabajado sobre los textos más generalmente aceptados por la filología bíblica actual en la que son acreditados expertos, pero teniendo siempre en cuenta, y a la vista, el latín de la Neovulgata por sobrados motivos.

La Neovulgata, compuesta en latín, que es la lengua oficial de la liturgia, del derecho y de los grandes documentos doctrinales y disciplinares de la Iglesia de Roma, es vínculo de unidad entre las iglesias particulares de las diversas lenguas y lugares y, como se dice ahora, una referencia constante y universal para los católicos de todos los idiomas.

En algunos lugares de esta Biblia de Navarra, un lector algo instruido en la lengua latina podrá tropezar con diferencias entre la traducción española y el texto de la Neovulgata que se lee a pie de página. Esto se explica porque los intérpretes latinos de la Neovulgata y los traductores hispanos de Navarra no han trabajado siempre sobre los mismos originales y porque en los años transcurridos desde la promulgación de la Neovulgata en 1979 y la edición de cada uno de los volúmenes navarreses no han dejado de producirse, y ser aceptadas por los expertos, novedades textuales en un campo tan visitado por los sabios como el de los estudios bíblicos. Algo semejante ocurre en todas las obras literarias de venerable antigüedad, como bien saben los estudiosos, en particular los filólogos. Y aquellos de ustedes que no lo sean deben creernos por nuestra palabra.

Pero dejemos por unos minutos la edición que estamos comentando y digamos algo sobre la historia de la Biblia y de la Biblia en España.

2. LA BIBLIA EN LA HISTORIA

La Biblia —o el conjunto de los libros que la integran— es la obra literaria y religiosa más importante de la historia de la humanidad, la de mayor repercusión en el tiempo y en el espacio y la que mayor influencia ha ejercido en las diversas culturas del mundo a lo largo de los siglos. No sólo por ser los libros religiosos por excelencia para casi dos mil millones de hombres y de mujeres que ven en ellos la palabra de Dios, sino también porque es un depósito inagotable de experiencia y de sabiduría.

Todo el mundo dice que «los últimos serán los primeros y los primeros los últimos», o que «el árbol bueno da frutos buenos y el árbol malo, malos», o que «Dios hace salir el sol sobre buenos y malos» etc. En algún lugar he leído que hay norteamericanos, incluso cultos, que atribuyen a la sabiduría política del presidente Lincoln la frase de que «una ciudad dividida dentro de sí no se tendrá en pie», sin reparar en que el ilustre prócer la había leído en un libro tan antiguo como el Evangelio según san Mateo. Y en nuestro país se oye a los malos oradores políticos estar repitiendo a cada paso que no van «a caer en la tentación» de esto o de aquello.

«Biblia» —los libros— es la voz griega con que los judíos helenizados del tiempo de los Macabeos (s. II a.C.) designaban los escritos sagrados de Israel «los libros santos» o los «libros de la ley», según se lee en el primer libro de la historia de estos héroes de Israel (I Mac. 2, 19; ib. 1, 56). En las colonias judías de Alejandría se generalizó el uso de esta palabra. En época cristiana se extendió al latín, donde a principios de la Edad Media se acuñó la voz «biblia» (femenino singular) aplicándola al total de los escritos de los dos Testamentos, que para los cristianos constituyen una sola obra inspirada por Dios.

2.1. *La Biblia griega*

En el ambiente de la rica y populosa colonia judía de la Alejandría del siglo III a.C., y por iniciativa, según cuenta una tradición, del segundo de los reyes ptolomeos, el llamado «Filadelfo», se inició la traducción al griego de los libros sagrados de Israel. En la centuria siguiente se completó ese trabajo que pronto sería conocido como la «Biblia de los Setenta» o «Septuaginta».

Sobre cómo fue el proceso de elaboración de esta traslación al griego de los originales hebreos se forjaron en la Antigüedad hermosas leyendas que venían a reforzar la asistencia divina que habría acompañado a los intérpretes en

un trabajo denodado y sin precedentes. Esta magna empresa no la llevaron a cabo los «setenta», o los que fueran, en una sentada de setenta días de aislamiento individual, como quiere la leyenda, sino que trabajaron en ella sabios de dos o más generaciones.

La hazaña consistió en que por primera vez en la historia se vertía una obra literaria no sólo de una lengua a otra sino de una a otra cultura. En ese mismo siglo III a.C. hubo poetas romanos que trasladaban del griego al latín, bien o mal pero lo hacían, poemas o piezas de teatro. La diferencia entre ambas empresas reside en que el griego y el latín pertenecen no sólo a la misma familia lingüística sino a la misma cultura: las gramáticas (morfología, fonética y sintaxis) e incluso el léxico guardan un manifiesto paralelismo y los referentes mentales y culturales de los dos pueblos eran entonces prácticamente los mismos. Y esto no ocurre con las lenguas semíticas y el griego, que poseen estructuras diferentes y responden a mentalidades distintas. Los «sabios» de Alejandría, con el éxito que alcanzó su obra, enseñaron a los futuros pueblos cristianos y a toda la civilización occidental, que la humanidad entera puede hablar en términos culturales de dimensión universal y entenderse en este lenguaje.

Aquel trabajo y los hechos extraordinarios que, según tradiciones de origen judío, aceptadas luego por los antiguos cristianos, habrían ocurrido a los supuestos autores de esa traducción, han dado lugar a que la Biblia griega de Alejandría sea conocida como la de los «Setenta». Setenta o setenta y dos habrían sido los sabios que la compusieron: setenta fueron los ancianos que acompañaron a Moisés y Aarón en su subida al monte Horeb, y «setenta y dos», seis por cada una de las doce tribus, era una adecuada representación de todo Israel. Más tarde, ya en un ambiente cristiano, no faltaron quienes recordaban que también fueron setenta y dos los discípulos que Jesús envió delante de Él a los pueblos de Galilea para anunciar el Evangelio.

De esa versión alejandrina de los «Septuaginta» y del Nuevo Testamento originalmente escrito y difundido en griego, provienen todas las traducciones de la Biblia a las diversas lenguas de la Antigüedad, a excepción quizá de las que se hicieron a dialectos semíticos de Palestina o Siria.

Historiadores y filólogos que han estudiado científicamente el griego de los «Setenta» encuentran en él muchos hebraísmos de vocabulario y de sintaxis, como no podía menos de ocurrir en una obra como esa, que era la primera en que se vertían textos del hebreo al griego y además lo hacían unos intérpretes convencidos de que eran la «palabra de Dios» y, por motivos religiosos, querían respetarla hasta en su literalidad.

2.2. *La Biblia en Occidente*

La cristiandad occidental, durante las Edades Antigua y Media ha sido una comunidad de cultura y lengua latinas hasta fines de la Edad Media. Su Biblia era la Vulgata, cuyo texto, no sin cierta historia relativamente bastante conocida ahora, ha sido para todos estos pueblos la Biblia oficial hasta la Reforma protestante y después ha seguido siéndolo en la Iglesia católica hasta la Neovulgata antes mencionada.

Esta Vulgata (el verbo «vulgare» latino significa «publicar», bien noticias, bien otras informaciones o libros) se atribuye con justicia a san Jerónimo, aunque, como ya he dicho, no todos los libros del Antiguo o del Nuevo Testamento hubieran pasado por sus manos, y después se hayan efectuado muchas revisiones de detalles o de palabras entre el santo de Belén y las ediciones sixto-clementinas del XVI.

En los siglos oscuros de la transición a Medievo el antiguo imperio romano vivió un progresivo proceso de aislamiento entre unos y otros territorios, que no fue incompatible con los desplazamientos de pueblos, pero que afectó al texto de la Biblia latina. Existieron una vulgata hispana, una de las Galias, otra de Escocia, etc. tanto de la Biblia en general como de algunos libros particulares, según se comprueba con el estudio de los manuscritos de esa época que todavía hoy se guardan en nuestras bibliotecas, y las citas bíblicas de los escritores de esos tiempos.

Por fin, en el siglo IX un hispano refugiado en las Galias, famoso poeta latino, político y obispo de Orleans, de nombre Teodulfo —un nombre germano— agrupó los libros de la Biblia en una especie de colección de «obras completas», de esas que en latín se conocían con el helenismo de «pandecta». Por el mismo tiempo el británico Alcuino, el intelectual de Carlomagno, que no era obispo sino sólo diácono, elaboró otra «pandecta», que por lo que se deduce de los manuscritos de los siglos VIII a X que se conservan tuvo más difusión que la de Teodulfo. Pero menciono especialmente a nuestro godo, para sacar a relucir a otro hispano de la misma época que también se ocupó de la Biblia. Éste era un mozárabe, amigo y corresponsal de Álvaro de Córdoba, obispo o arzobispo cristiano de Sevilla, del que dice la crónica latina de Jiménez de Rada y se repite literalmente, pero en castellano, en la Crónica General de Alfonso el Sabio, que dominaba el «arábigo» y tradujo a esa lengua la Biblia, no sabemos si total o parcialmente. Yo creo que no hay más noticia que ésta acerca de la Biblia árabe del prelado sevillano y parece que nadie la ha visto. Pero no deja de ser curioso que en el siglo IX haya habido dos hispanos, obispos ambos, uno de nombre tan germánico como Teodulfo en las Galias carolingias y

otro de nombre tan cristiano como Juan, bajo los califas cordobeses en Sevilla, que resultan ser lejanos precursores de los escrituristas de Pamplona: uno para el texto, otro para la traducción a una lengua de las que más se hablaban entonces en la península ibérica.

De la «vulgata» de Alcuino procedía la Biblia que estudiaban los escolares de la Universidad de París en el siglo XIII, cuando enseñaba allí, entre otros sabios doctores, el santo de Aquino. Esa Biblia parisina del XIII es la que, de copia en copia, llega hasta las ediciones romanas «tridentinas» de Sixto V y Clemente VIII de 1592, 1593 y 1598.

3. LA BIBLIA EN ESPAÑA

Poco se puede decir, o por lo menos yo no sé mucho, de traducciones españolas de la Edad Media. En algún lugar he leído que hubo una traducción castellana y otra catalana en el siglo XIII. Pero no sé si han sido identificadas o estudiadas. Del XV son la catalana de fray Bonifacio Ferrer, el hermano de san Vicente, y uno de los compromisarios de Caspe, y la castellana de un rabino de nombre Moseh Arragel, hecha a instancias del maestre de Calatrava, don Luis Núñez de Guzmán. Se la conoce como «Biblia de Alba» por la edición facsímil que patrocinó esa casa ducal. Creo recordar que el manuscrito, o un manuscrito, está en las librerías de El Escorial. Del mismo siglo son también numerosos comentarios o traducciones totales o parciales de libros bíblicos realizadas por autores cristianos o judíos.

Después, en el XVI los más conocidos y difundidos traductores de la Biblia al español son protestantes que editan sus obras fuera de nuestro país. Entre los católicos hubo versiones parciales de algunos libros, especialmente de los poéticos, como la del Cantar de los Cantares, atribuida a Fray Luis de León. Pero las autoridades eclesiásticas y la celosa Inquisición prohibían o hacían muy difícil la publicación de los libros sagrados y menos de la Biblia entera en las lenguas vulgares. Lo mismo o algo parecido sucedía en los otros reinos y naciones de confesión católica. La Biblia en lengua vulgar era cosa de los protestantes y las Biblias latinas católicas en latín ajenas a la Vulgata o no tuvieron éxito editorial, como el Nuevo Testamento de Erasmo —*Novum Instrumentum*— o no resultaron satisfactorias como la que editó Etienne en Ginebra y la del dominico italiano Santos Pagnino que resultó muy útil al protestante hispano Casiodoro de Reina, que no sabía tanto hebreo como le gustaba decir.

Las grandes empresa bíblicas católicas de los españoles en el XVI fueron las dos Políglotas, la Complutense (1514-1520) y la de Amberes (1572). La de Alcalá es la primera en que aparece impreso el texto griego del Nuevo Testamento.

3.1. *Ediciones protestantes españolas*

Nuestros protestantes son un cantar distinto. Francisco de Enzinas (1520-1552), natural de Burgos, tradujo el Nuevo Testamento. Convertido a la confesión luterana, tras no pocas aventuras, consiguió hacerlo imprimir en Amberes en 1543. Fue amigo de luteranos tan distinguidos como Mélancton, que le apreciaba mucho y probablemente preparó su traducción en Wittenberg. Menéndez Pelayo y otros historiadores alaban la calidad literaria de su castellano. Sufrió prisión en los Países Bajos, aunque quizá no fue tan rigurosa como él contó, y finalmente escapó de la cárcel, o le dejaron escapar sus guardianes para evitarse problemas. Fue muy celebrado como humanista y tradujo al castellano también los últimos libros de Tito Livio que se conservan y que se habían descubierto poco antes.

La Biblia completa fue traducida al español también por el famoso Casiodoro de Reina, el morisco granadino de nacimiento y educación, al que acabo de referirme, que había sido clérigo católico y se hizo protestante. Publicó su Biblia en Inglaterra en 1569. Se cuenta que no era muy ducho en hebreo y que se valió con frecuencia de la Biblia latina de Santos Pagnino.

Pero la Biblia protestante en español más veces reproducida desde finales del XVI hasta nuestros días es la de Cipriano de Valera, un sevillano, feroz y agresivamente anticatólico, que publicó el Nuevo Testamento en castellano en Londres, en 1596 y toda la Biblia, también en castellano, en Amsterdam en 1602. Es la más difundida de las Biblias protestantes españolas, casi constantemente reeditada por las sociedades bíblicas de esa confesión. Amigo de los hugonotes franceses debe ser calificado de calvinista. Sus críticos dicen que siguió, al pie de letra, y en muchos lugares al pie de la copia, la versión de Casiodoro de Reina.

3.2. *Primeras ediciones católicas en castellano*

Por fin, casi al terminar ya el siglo XVIII se abrió en España la mano para que se pudiera publicar la Biblia entera en nuestra lengua. Fue un decreto de

la Inquisición de 1782 el que lo permitió. Enseguida, como si hubieran estado preparándose para ello dos religiosos, jesuita uno y escolapio el otro, acometieron la empresa de traducir la Vulgata tridentina a la lengua castellana.

El jesuita se llamaba José Petisco (1721-1800). Había estudiado las lenguas y literaturas clásicas en Francia (Lyon) y las enseñó en varios colegios jesuíticos de España. Fue autor de una Gramática griega y de antologías escolares de escritores helénicos y romanos. Le alcanzó, quizá en el colegio de Villagaría, la expulsión de los jesuitas decretada por Carlos III y el conde de Aranda en 1767, y es probable que pasara en Italia el resto de sus días. De su traducción de la Biblia, no parece que haya más noticia que la de Torres Amat, que dice que tuvo en sus manos «los manuscritos de Petisco». Pero no se sabe en qué consistían ni cómo llegaron a poder del obispo de Astorga, que empezó a publicar su Biblia en español en 1823, ni si se encontraron en Italia o habían sido confiscados al padre Petisco por los policías carloterceristas.

El escolapio es Felipe Scío de San Miguel (1738-1796) que fue un notable humanista de una familia de origen griego. Tuvo un hermano mayor que él también escolapio. Los dos tuvieron buenas relaciones en la Corte y gozaron de la confianza de la familia real. Expulsados los jesuitas de España en 1767 y extinguida la Orden por el breve «Dominus ac Redemptor noster» del 73, los colegios escolapios fueron los centros católicos de enseñanza más apreciados en el país y sus profesores altamente estimados. Felipe Scío tradujo la Biblia latina Vulgata y publicó su primera edición en varios volúmenes en Valencia en 1790. (Después sería preconizado obispo de Segovia, pero falleció antes de ocupar la sede).

Yo tengo una edición de la Biblia de Scío de 1823, que era de un abuelo de uno de mis abuelos. Se advierte en ella cierto riguroso literalismo, que quizá explique el severo juicio sobre su estilo emitido por Menéndez y Pelayo. Pero también saca uno la impresión de que en su trabajo el buen escolapio tuvo a la vista el texto griego, por lo menos en el Nuevo Testamento.

Félix Torres Amat (1772-1847), obispo de Astorga y sobrino del arzobispo Amat del mismo nombre, que había sido uno de los más notables eclesiásticos españoles de la generación anterior, terminó su traducción de la Biblia en 1822 y la publicó en Madrid al año siguiente. Él es el que dice que tuvo en su poder los papeles de Petisco. Traduce la Vulgata y no parece que haya trabajado con textos griegos. Es un excelente escritor castellano, que vierte con fidelidad los latines, y ofrece una versión de ellos suelta y elegante. Aparte del reconocimiento de los críticos literarios, su Biblia ha tenido un notable éxito editorial. Muy entrado el siglo XX hay ediciones castellanas del Nuevo Testa-

mento, como la de Ballester y la concordancia de Gomá, que han adoptado la versión de Félix Torres Amat. Fue obispo de Astorga desde 1833. En el XIX no hay más Biblias españolas que estas dos, la de Scío y la de Torres Amat, que se reeditaron con cierta frecuencia. En el primer tercio del XX se publican algunas traducciones del original griego del Nuevo Testamento, pero yo creo que no hay ninguna Biblia castellana completa hasta la de Eloíno Nácar y el dominico Colunga de 1944.

3.3. *La Biblia en España en la segunda mitad del siglo XX*

Del año anterior, 1943, es la Encíclica de Pío XII «Divino afflante Spiritu», que dio lugar a un gran impulso de los estudios bíblicos entre los católicos con un nuevo estilo crítico y científico del que están ausentes los temores de otros tiempos.

A mí me parece indudable que entre los biblistas se esperaba un acontecimiento como el que supuso la Encíclica. Quizá más en España, que estaba al margen de la II Guerra Mundial. Probablemente Nácar y Colunga estaban preparando antes del documento pontificio su traducción de la Biblia, que sería el gran éxito editorial del primer volumen de la Biblioteca de Autores Cristianos. Precisamente en un trabajo de Casciaro se subraya la oportunidad y el triunfo editorial de esta Biblia. Yo creo recordar que se puso a la venta en la Feria del libro de Madrid de ese año, que fue si no la primera una de las primeras de su género. En esos días se vendieron en el Paseo de Recoletos cientos y cientos, o miles de ejemplares. Tengo muy presente la memoria del que trajo a casa mi padre. Se ha dicho, no sin razón, que esta obra adolecía de deficiencias por efecto de una cierta precipitación. Pero como dice en su trabajo Casciaro hay que señalar que en 1970 se habían hecho ya treinta ediciones. Es la traducción directa de los originales hebreo y en su caso arameo de don Eloíno Nácar y de los textos griegos por el P. Colunga.

La encíclica del 43 marca un jalón en lo que se refiere a las traducciones españolas de la Biblia. El decreto inquisitorial de 1784 permitió la aparición de las obras de Scío y de Petisco-Torres Amat. El gran documento de Pío XII animó a los biblistas españoles y a sus colegas católicos de otros países. Aquí en 1947 se publica la versión de Cantera y Bover. Don Francisco Cantera, catedrático de hebreo de la Complutense, era un maestro de su disciplina y un elegante escritor en castellano. Como dice Casciaro, su versión del hebreo es difícilmente mejorable, salvo en aquellos pasajes en que los estudiosos han introducido modificaciones en el texto del original. En este más de medio siglo

transcurrido desde el libro de Cantera y Bover se han editado varias Biblias españolas altamente estimables. Quizá la más difundida entre las de prestigio sea la de Jerusalén.

Ésta de Pamplona no tiene nada que envidiar a ninguna de ellas. Los profesores de Navarra han culminado una obra que sirve a los fines que suelen llamarse pastorales. Pero lo que yo quiero destacar de ella es que es también y en muy principal lugar una Biblia para lectores. Me permito recomendar a todos ustedes que hagan la prueba empezando por cualquier página de cualquiera de sus cinco volúmenes.

Antonio FONTÁN
Catedrático Emérito de Filología Latina
Universidad Complutense
MADRID

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.